

La epopeya de la clausura

Origen de una mala reputación

Christopher Domínguez Michael

En una página de Nietzsche, en *El crepúsculo de los ídolos* (1888), se resume, en el retrato de Sainte-Beuve (1804-1869), el crítico francés, toda la doctrina moderna, sustentada en la legítima sospecha, sobre el crítico literario, el carisma y el espanto que irradia y las taras a las que está condenado. Es cosa de desmenuzar ese fragmento, el tercero, de las “IncurSIONES de un intempestivo”, en la traducción de Andrés Sánchez Pascual (Alianza, 1971, pp. 86-87):

Dice Nietzsche: “*Sainte-Beuve*.— Nada viril en él; lleno de una rabia pequeña contra todos los espíritus viriles. Vaga de un lado, sutil, injurioso, aburrido, sorprendiendo secretos ajenos, —en el fondo una hembra, con una ansia femenina de venganza y una sensualidad de hembra. Como psicólogo, un genio de la *médiance* [maledicencia]; inagotablemente rico en medios para ello; nadie entiende mejor que él de mezclar veneno con alabanza”.

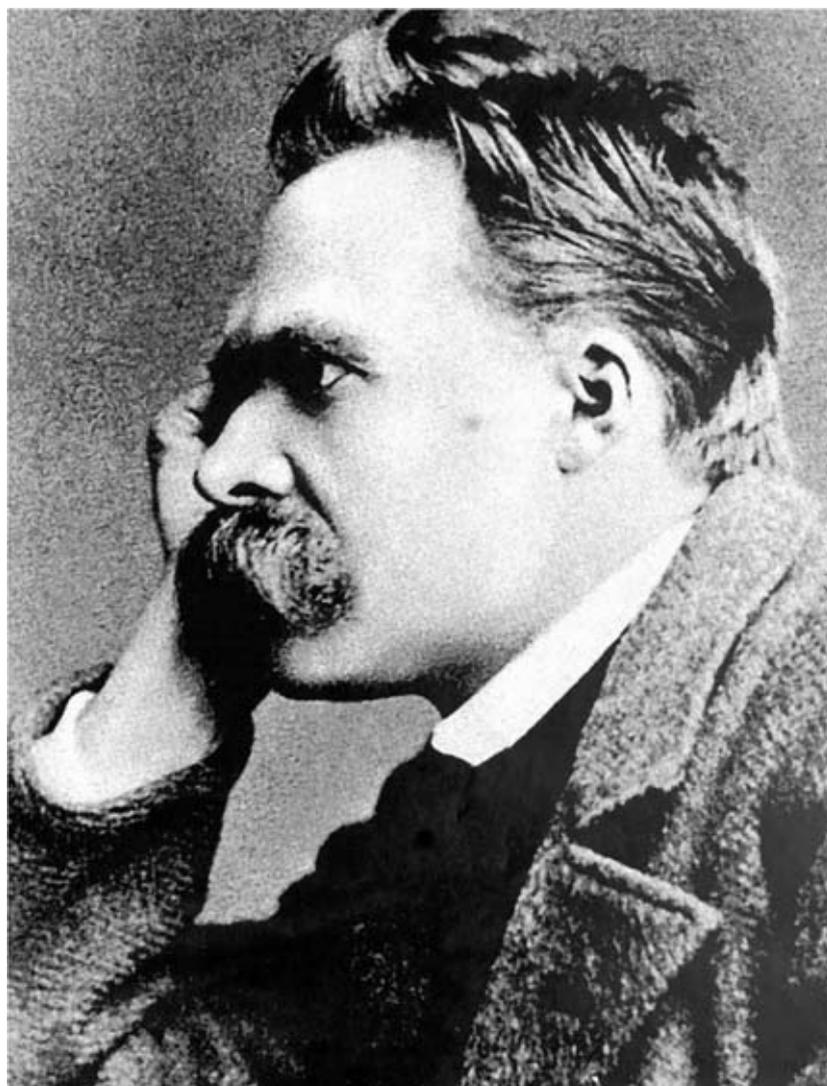
Al crítico se le atribuyen, desde entonces, características que también pueden leerse como virtudes (ambivalencia propia de Nietzsche) del orden femenino. El crítico mariposea en la retaguardia, el hogar, en la corte o en la alcoba, jamás en el campo de batalla. Es intrigante, fisgón, genial en su maledicencia al mezclar lo positivo y lo negativo cuando juzga, obligado al hermafroditismo del gusto, una obra. La sensualidad de hembra que le atribuye al crítico no trae consigo la potencia para engendrar. No en el sentido de la célebre definición de Zaratustra del poder creador: “De no ser el creador, nadie sabe lo que es bueno y lo que es malo” (*Así habló Zaratustra*, 4, 246).

Dice Nietzsche: “Plebeyo en los instintos más básicos, y emparentado con el *resentiment* [resentimiento] de Rousseau; *por consiguiente*, un romántico, —pues por de-

bajo de todo *romantisme* [romanticismo] gruñe y codicia el instinto rousseauniano de venganza. Un revolucionario, pero refrenado por el miedo. Sin libertad frente a lo que tiene fortaleza (opinión pública, academia, corte, incluso Port-Royal). Bastante poeta y semihembra para sentir todavía lo grande como poder; constantemente retorcido, como aquel famoso gusano, porque se siente constantemente pisado”.

No sólo es hembra. También es “semihembra” (lo que sugiere que está pensan-

do en un amanerado o en un eunuco) y es plebeyo. Esa carencia de un verdadero linaje en el mundo del espíritu obliga a Nietzsche a destacar una contradicción largamente detectada en el crítico, su hipotético resentimiento, que le permite ser revolucionario y no serlo: aparentar la ruptura y vivir como mediocre. Semejante posición, desde esa medianía, es palpable en las llamadas Escuelas del Resentimiento localizadas (por Harold Bloom) a fines del siglo XX: feminismo, etnolatrías de diverso tipo, etcéte-



Friedrich Nietzsche

ra. Todas ellas dependen de un personaje de Rousseau, el Buen Salvaje, ser sometido, desnaturalizado, por la civilización. Y es un romántico el crítico, dice Nietzsche, porque el romanticismo (que en ese último momento de su vida creativa relacionaba casi exclusivamente con Richard Wagner) es una mascarada que evade la confrontación que el filósofo le exige al tiempo.

El crítico nunca será libre, de verdad, frente a aquellos que regentan el gusto y las costumbres. En el fondo, el crítico, supone Nietzsche y así lo sostendrán casi todos los críticos de la crítica, no sirve al arte: es esclavo de la opinión pública (al escribir en los periódicos halaga a sus lectores o responde a los intereses mercantiles del periodismo industrial o de las editoriales), es miembro de una academia o aspira a pertenecer a alguna, es un cortesano o está ligado al poder político (Sainte-Beuve fue senador del Segundo Imperio). Pareciera que Nietzsche duda de que Sainte-Beuve haya ejercido su libertad frente a la materia misma de su gran obra histórica (1840-1859), la crónica del convento de Port-Royal, a fines del siglo XVII.

Nietzsche agrega que Sainte-Beuve, “como crítico, sin criterio, apoyo ni espina dorsal, con la lengua del *libertin* [libertino] cosmopolita para hablar de muchas cosas distintas, pero sin el valor de hacer confesión de *libertinage* [libertinaje]. Como historiador, sin filosofía, sin el *poder* de la mirada filosófica, —por ello, rechazando en todos los asuntos principales la tarea de juzgar, cubriéndose con la ‘objetividad’ como una máscara”.

En estas líneas, Nietzsche abre otro frente, muy frecuentado también: el crítico está condenado a ser maestro en todo y doctor en nada, domina las ideas cosmopolitas y su difusión sin ejercer el verdadero libertinaje: la transvaloración de todos los valores. Es el gran conformista y el conformista teatralmente obcecado en no parecerlo. Esa máscara que al crítico (y más aun si está haciendo historia literaria) le permite actuar es el supuesto don o, al menos, obligación de la objetividad. Ese privilegio, según algunas escuelas, se lo da el uso correcto de un método, de una ciencia, pero generalmente está asociado a un don infuso que en el crítico proviene de su función.

Las líneas finales son oblicuas: “De modo distinto se comporta con todas aquellas cosas en que la instancia suprema es un gusto sutil, experimentado: aquí realmente tiene el valor de ser él mismo, el placer por sí mismo, —aquí él es maestro. —En algunos aspectos una forma anticipada de Baudelaire—”.

No queda claro cuáles son “aquellas cosas” en que Sainte-Beuve se guiaría por su propio gusto, por el placer de ser él mismo. ¿Cuando hablaba, por ejemplo, del lírico griego Teócrito y se alejaba de la escena contemporánea? Tampoco parecería necesariamente elogioso el símil con Charles Baudelaire, que a Nietzsche le parecía el típico decadente wagneriano, el único wagneriano inteligente, si acaso. En el caso de Sainte-Beuve visto por Nietzsche creo que se vale generalizar: al hablar de él, el filósofo hablaba de que todo aquello que en el siglo XIX y algunas décadas después se entendía por crítica. Y más aún: me asombra el éxito postrero de esta página, la más influyente en la historia de la crítica literaria, su irradiación, su lugar como fuente de certezas y mistificaciones. **u**



Charles Augustin Sainte-Beuve